

Le docteur Ortega.

La Razón. 07.12.03.

El vecino del norte anda escaso de médicos y José Antonio Ortega lo supo por un anuncio. Hizo las maletas con su mujer y sus hijos y ahora es un médico rural mucho mejor pagado que sus colegas en suelo español. Trabaja 12 horas al día, pero gana 100.000 euros brutos al año.

Javier Gómez Muñoz - París.-

Aquella noche de finales de junio, José Antonio y María Jesús la pasaron frente al televisor, como cualquier pareja. Un programa no buscado sobre enfermeras en paro que habían decidido emigrar a Francia se cruzó en el baile del zapping. Empezaron los comentarios, en tono de broma: «Pues no sería mala idea», «¿Te imaginas?». Médico de profesión, José Antonio estaba cansado, como todas las noches, después de acumular su trabajo en el servicio de Urgencias del Hospital Reyes Católicos, de Burgos, con las valoraciones de daños que hacía para una aseguradora y «otras cosillas» que le servían para cerrar el fin de mes. Silvia y José, sus pequeños, dormían en el pequeño apartamento del matrimonio en la capital castellano leonesa. Después, todo fue insistencia de María Jesús: que si no ves a los niños, que si estás poco en casa, que si el estrés, que si lo que nos gusta es el campo...

Un año después, José Antonio sabe que no se arrepentirá jamás de haber apretado el botón del mando a distancia. Monsieur Ortega es ahora médico rural en Marthon, un pueblecito de 600 habitantes en la Charente, eso que algunos llaman la «Francia profunda», no lejos de la costa Atlántica. Silvia y José, con 4 y 5 años, duermen en su nueva casa con jardín y hablan francés mejor que sus padres. Su mujer ha dejado «por fin» la ciudad y nada de cuadrar las cuentas de fin de mes: su sueldo supera ya los 10.000 euros al mes cuando, en España, se asomaba con esfuerzo por encima de los 2.000 euros.

José Antonio Ortega tiene 42 años y, hasta hace poco, era uno de los muchos profesionales españoles de la medicina todavía descontentos con su profesión. Un estudio del Colegio Oficial de Médicos de Madrid, hecho público recientemente, indica que uno de cada dos médicos no está satisfecho con su profesión y el 25% la abandonaría si pudiera.

Pequeño pueblo en Dordoña...

Se desconoce el número concreto de facultativos españoles que se han desplazado para trabajar en Francia, aunque no supera el centenar, cuando algunos estudios indican que Francia necesita 10.000 médicos suplementarios, y el Reino Unido más del doble. Los primeros puentes, sin embargo, se tienden tímidamente. El Colegio de Médicos de Madrid firmó en junio un acuerdo con el Círculo Europeo de la Salud para ofertar plazas a los doctores de la capital. El año pasado se presentaron 9.415 licenciados en Medicina al MIR, que ofrecía sólo 5.419 puestos libres. Este colapso para las plazas públicas diverge en Francia, donde los ciudadanos pueden escoger libremente entre Sanidad del Estado y privada esta última les es posteriormente reembolsada.

La esposa de José Antonio salpimenta la decisión con algo de improvisación hogareña: «Nosotros no entendemos cómo no hay más gente que prueba la aventura. Tenemos conocidos que son médicos y no nos creen cuando les contamos lo bien que nos va. Luego, cuando les dices que hay plazas libres, no se atreven».

Sin que pase un segundo, Marisa aventura respuestas a sus propios interrogantes, y las culpas se acumulan: del «ideal de médicos de ciudad y trabajo cómodo» que tienen los galenos franceses, a la «falta de información» de sus homólogos españoles, o el manido refrán de «más vale lo malo conocido que lo bueno...».

Entre medias de la cuerda que separa la vieja y la nueva vida de José Antonio Ortega queda, lógicamente, el trecho más áspero y difícil. Nuestro protagonista no es ningún privilegiado y ni siquiera dominaba el francés cuando llegó a Francia. Confiesa sin exagerar que, al principio, a algunos pacientes los entendía mejor en occitano, dialecto vernáculo, por su parecido con el español, que en la lengua de Molière. Su búsqueda partió de la embajada francesa, que apenas lo informó, mientras estudiaba francés en una academia «por si acaso». Rastreando en internet topó con un anuncio: «Pequeño pueblo de la Dordoña busca médico para instalarse a su disposición un gabinete médico, hogar y exención de tasas profesionales». «Esta es la mía», pensó José Antonio, mas la plaza acababa de ser ocupada por una doctora... belga. Allí le indicaron que este problema no era único de ese burgo, y le dieron el número de teléfono del médico de Marthon, que había decidido jubilarse.

«Cuando me dijo que ganaría unos 100.000 euros brutos al año, pensé que me estaba contando una película», comenta a REPORTER con sencillez. Tal era el interés del pueblo por no quedarse sin médico que invitaron a José Antonio y María Jesús a pasar un fin de semana. «Desde el primer momento, hubo entendimiento entre Ortega y nosotros», recuerda el alcalde, Patrick Borie. «El problema con el que nos encontramos nosotros», comenta, «afecta a casi toda la Francia rural. Económicamente, es interesante instalarse, pero es difícil trabajar aislado. El Estado permite la libre instalación, pero en la zona de Marsella, con el sol y la cantidad de jubilados que van a vivir, tienen 10 médicos por comuna, y nosotros uno para cada 10 comunas. Ustedes tienen demasiados médicos, y nosotros muy pocos» y deja la frase colgando, para que el sentido común la resuelva.

«Le docteur Ortega» presume de su vida a lo Charles Bovary, pero no esconde que las jornadas son duras, de 12 horas, más una guardia a la semana que dividen entre los siete médicos de la zona. De él dependen 2.500 pacientes a diario, que se dividen entre Marthon y unos 10 pueblos de los alrededores, y habla español sólo con dos de ellos: Eulalia Gasol y Julio Pérez, dos de los muchos refugiados españoles que escaparon del franquismo. El alcalde tenía miedo de que el médico español no se adaptara o no estuviera a gusto. También le rondaban preocupaciones mas banales, como la manía de tutear y no tratar de usted, algo imperativo en Francia, y más aún en los pueblos, le hiciese acabar como Sganarelle en «El médico a palos»: «La gente entendió que son detalles y hasta le sonríen cuando comete faltas de francés». Para terminar de convencer a José Antonio, el pueblo le ofreció casa durante seis meses (lleva cinco y medio), la consulta durante cinco años y le paga las tasas colegiales.

Francia puede convertirse, como ya lo es para las enfermeras, en una salida al embudo de la profesión médica, que en España es la peor pagada de Europa y quizá la más desmotivada. Al menos como médico en zona rural, un 80% del Hexágono en el que vive el 20% de la población, principalmente gente mayor, ergo la más necesitada de servicios médicos. «Aquí un especialista gana, en un mes, lo que en España en seis», insiste José Antonio, con quien ya se han puesto en contacto dos pueblos por si conoce otros españoles con ganas de viajar.

José Antonio, que relaja su acelerado modo de hablar cuando entramos en temas médicos, ha notado que las enfermedades no difieren entre pacientes españoles y franceses, pero sí el contexto social: «Aquí hay muchas depresiones, provocadas por el aislamiento. La gente vive sola, hay poca solidaridad familiar, apenas se divierten y el alcoholismo está más extendido». Al comienzo de su carrera profesional, José Antonio tomó las de Villadiago, porque así se llamaba el pueblo burgalés en el que empezó haciendo sustituciones. Eso le ha permitido, ahora que las ha tomado de verdad, comparar lo que significa ser médico rural en ambos países: «Aparte del dinero, aquí estás muy bien considerado. Al médico se le tiene

respeto y se le hace más caso, como antiguamente en España. A veces, pienso que la mayoría de mi trabajo es una labor social: muchos me llaman para poder pasar 15 minutos conmigo y charlar un poco. ¿Como aquí no hay curas...!».